

aquellos días de los convites, para aplacar la ira de sus dioses, en aquella necesidad de mostrarse liberales con todos, perdonándose unos a otros y comiendo y bebiendo juntos, como gente enseñada por la razón natural que enseña que, para agradar a Dios, se requiere mostrar amor al prójimo y ser piadoso con él, aplacándole en su enojo y reconciliándose con él en sus iras. De donde podemos bien colegir un cristiano documento y es, que no os pide Dios nuestro señor y salvador cosa nueva, ni fuera de razón, sino lo que la razón y lumbre natural nos enseña y dicta, cuando nos manda que antes que ofrezcamos el sacrificio a Dios, nos reconciliemos con nuestros hermanos, y amemos y hagamos bien a nuestros enemigos, y que seamos con todos misericordiosos, que si diéremos, nos darán, y que si perdonáremos, seremos perdonados, y otros preceptos caritativos y semejantes.<sup>5</sup>

CAPÍTULO XXVIII. *Del adorno y vestiduras de los sacerdotes de que ordinariamente andaban vestidos, y de los particulares aderezos con que se engalanaban los días festivos y de Pascua; y se dicen las causas por qué conservaban el cabello y la tizne*



**S**I BIEN SE NOTAN MUCHAS NACIONES de las pasadas, y se consideran las presentes de esta Nueva España, se verá que fueron muy semejantes las unas a las otras. Y aunque en los capítulos de atrás hemos comparado sus sacerdotes en muchas cosas, no lo fueron menos en el vestido, porque de los sacerdotes de Egipto, dice Herodoto<sup>1</sup> que andaban vestidos de unas vestiduras de lino delgadas, y no podían vestir de otra cosa. De estos de esta Nueva España se dice que vestían de algodón unas mantas largas y sencillas, sin poder usar otra ropa. Aquéllos también traían calzados unos zapatos o suelas, a manera de alpargate, de cierto junco que había en Egipto; y éstos, con unas sandalias (que en su lengua se llaman cacles) sin tener otro género de calzado. También se bañaban y lababan sus cuerpos, porque no hubiese alguna suciedad e inmundicia en ellos, para ofrecer los sacrificios; los de Egipto, en el río Nilo; y estos mexicanos, o nahuales, en fuentes y albercas que tenían en los patios interiores de los templos. Sobre estas vestiduras dichas vestían los días de fiesta y particulares otras, a manera de sobrepellices o roquetes, en especial el sacerdote mayor, con la cual vestidura (como vestido de pontifical) entraba a la expedición de los sacrificios. No sé si el andar vestidos éstos con estos ornamentos curiosos fue remedo que el demonio quiso que hiciesen sus ministros a los de Dios, mandando que su sacerdote mayor (dejados otros arceos) vistiese una túnica de lino, con que saliese galán a la celebración del incien-

<sup>5</sup> Math. 5. Luc. 6. Ad Rom. 5.

<sup>1</sup> Herod. lib. 2. cap. 37.

so y sacrificio, como se lee en el *Éxodo*;<sup>2</sup> pero, sea lo que se fuere, su vestido era éste y su calzado una suela y cuerdas que asían en los dedos de los pies y ceñían por cima de los tobillos en la garganta en un talón que la suela tenía, y ricamente labrada.

El sumo sacerdote que había en el reino y provincias mixtecas se vestía para celebrar sus fiestas de pontifical, de esta manera. Unas mantas muy variadas de colores, matizadas y pintadas de historias acaecidas a algunos de sus dioses. Poníase unas como camisas o roquetes sin mangas (a diferencia de los mexicanos) que llegaban más abajo de la rodilla, y en las piernas unas como antiparas que le cubrían la pantorrilla; y era esto casi común a todos los sacerdotes sumos, y calzado con que adornaban las estatuas de los dioses; y en el brazo izquierdo un pedazo de manta labrada, a manera de listón, como suelen atarse algunos al brazo cuando salen a fiestas, o cañas, con una borla asida de ella, que parecía manípulo. Vestía encima de todo una capa, como la nuestra de coro, con una borla colgando a las espaldas y una gran mitra en la cabeza, hecha de plumas verdes con mucho artificio y toda sembrada y labrada de los más principales dioses que tenían. Cuando bailaban, en otras ocasiones y patios de los templos (que era el modo ordinario de cantar sus horas y rezar su oficio), se vestían de ropa blanca pintada y unas ropetas como camisetas de galeote.

Estos sacerdotes indios tenían de costumbre, luego por la mañana, de embijarse y untarse todo el cuerpo con una tinta negra que para ello hacían; y de matizarse con otros colores, en especial de ocre y almagre, como se dijo en el capítulo de los colegiales;<sup>3</sup> y de esta manera pasaban lo más del día, aunque después (como se ha dicho) se bañaban y lababan, no careciendo lo uno y lo otro de particular propósito e intención. Aunque el padre Acosta, en la *Historia moral de las Indias*,<sup>4</sup> dice que nunca se lababan los sacerdotes, por lo cual andaban sucios, feos y puercos, y pegado el cabello como clin de caballo. Pero como de estas cosas supo poco por experiencia, por no haberlas escudriñado, sino seguido papeles ajenos y mal averiguados, no es maravilla que yerre. La verdad del caso es, que aunque se unguían y untaban, se lavaban los de Mexico en sus albercas, de las cuales una se llama copan, donde se bañaban los sacerdotes llamados coatlan, que tenían cargo de ella y de sus sacrificios; y no les era lícito a éstos lavarse con aquellas aguas; y los de otras provincias, en ríos y otras aguas, como yo lo he averiguado con personas científicas, en el discurso de diez y seis años que ha que ando haciendo memoriales para escribir con verdad aquesta obra.

Y siendo el uso de criar el cabello introducido en el mundo, y siéndolo también de afrenta el criarlo, no quiso el demonio que sus ministros indios entrasen en el número de los raídos y atusados, sino que criasen el cabello y lo conservasen para mayor autoridad. Aunque yo pienso, ser invención suya, para que con aquella fiereza y horrenda vista espantasen y

<sup>2</sup> Exod. 38.

<sup>3</sup> Supra cap. 12.

<sup>4</sup> Acosta lib. 5. cap. 26.

atemorizasen los corazones y ánimos de los idólatras, para tenerles más sujetos a los ritos idolátricos.

*CAPÍTULO XXIX. De la diferencia que los sacerdotes de esta Nueva España hicieron a los antiguos de otras naciones, y cuánto más castos y honestos fueron éstos que aquéllos, siendo todos ministros de el demonio, a un mismo culto dedicados*



UNQUE EL DEMONIO HA TENIDO en su servicio ministros y gente diputada para su falsa adoración, no todos han seguido unas mismas leyes, ni costumbres, sino que variándolas se echa muy bien de ver cuán diviso anda su reino; y cómo no es posible conservarse, aunque por secretos y particulares juicios de Dios, por algún tiempo prevalezca entre infieles y moros. Entre estos ministros de su idolátrico pueblo ha habido unos más castos y limpios que otros (de la limpieza digo que nace de una virtud moral, seguida por solo el conocimiento de la lumbre natural, que inclina al hombre a conocer que aquello es bueno y lo contrario vicio y torpeza), y trataban diferente la castidad los unos que los otros. Y comenzando de los antiguos, dice Ovidio que predicaban aquellos sucios sacerdotes, al pueblo, que los dioses amaban mucho a las doncellas hermosas; y que los padres que se las ofreciesen de noche merecerían ante su acatamiento mucha gracia; y creyendo la gente engañada y ciega ser así verdad, como el sacerdote lo predicaba, traían sus hijas al templo y en él las dejaban de noche; donde luego salía un mal ministro de Satanás y usaba mal de ella, aprovechándose de su virginidad, fingiendo ser aquel dios a quién más la simple mozueta quería y estimaba. Y no solamente usaban de esta traición contra la república y se aprovechaban ellos de las que querían, cumpliendo en ellas su torpe y bestial antojo, sino que también tomaban por capa esta falsa religión, para satisfacer el deseo y sucio amor de otro algún amigo o persona que se lo rogaba. Con este embuste y astucia hacían muchas insolencias y maculaban doncellas muy honestas, y casaban a media carta, y de matrimonio prestado, mujeres casadas y virtuosas moralmente que no les llegaba al pensamiento cometer culpa semejante contra la obligación de su legítimo matrimonio, las cuales perdieran antes la vida que dejarse amancillar, si no fuera con la capa y color dicho.

En prosecución de lo cual cuenta Josefo,<sup>1</sup> que estaba en Roma una matrona ilustre llamada Paulina, no menos adornada de riquezas que de hermosura y, sobre todo, de mucha vergüenza y honestidad; esta señora era casada con un caballero romano, llamado Saturnino, en quien concurrían no menos calidades y gracias que en ella, para merecerla por esposa. A esta señora se le aficionó un mancebo romano, de muy noble e ilustre sangre y tan rico como noble, llamado Mundo, el cual la solicitó por todos

<sup>1</sup> Ioseph. lib. 18. de Antiq. cap. 7.